

Elixir estomacal

MI médico de cabecera me ha recomendado unas vacaciones anticipadas. Tengo un «surmenage» considerable. Mi director general de festejos se ha dirigido a distintas Cancillerías europeas en demanda de un «bunker» de verano a poca distancia de alguna playa tranquila. La ingratitud humana no tiene límites. Ha habido respuestas como para perder los nervios. Yo ya he perdido un buen racimo de nervios y no estoy como para perder los restantes. Los tengo todos bien contados y bien cosidos con un alambre alemán de antes de la guerra.

Por ejemplo, y no señalo, un politicastro oportunista democratucho italiano y con un apellido que se parece a Andrés, le contestó a mi enviado: «¿Pero aún vive esa momia? Que no ponga los pies aquí. Con la cantidad de rumores que este verano circulan sobre un golpe de Estado neofascista, sólo faltaría que ése viniera por aquí. Si lo que necesita es dinero, ahí va eso...». Y bien. ¿Diez millones de liras? ¿Cinco? ¿Uno? ¿Medio? No, señores, no. Le dio mil liras. ¡Mil liras! Con la reciente devaluación, esto no llega ni a cien pesetas. Estuve a punto de devolvérselas, pero mi asesor en asuntos económicos se echó a llorar.



rrior a mi capacidad de tolerancia, que es mucha, mucha. Le he escrito la siguiente carta:

«Su padre de usted era un bombardeador, un asesino aéreo, un matarife, un drápula nocturno y alévoso. Un nazi...».

Mi asesor ideológico me ha dicho que la carta estaba muy bien, pero que tal vez sobraba la acusación de nazi.

—¡Era un nazi!
He insistido yo:
—Pero, jefe, acepta usted la expresión «nazi» como un insulto, y de hecho, nazis éramos, somos y seremos todos nosotros.
—¡Eso lo serás tú!

La verdad sea dicha, mi asesor ideológico tenía toda la razón. Horas después de mi arrebató he ordenado que me lo sacaran del potro. Pero ya era tarde, agonizaba.

—Von Salomón, le pido disculpas, tenía usted razón.

DE VACACIONES

—¿Y por qué lloras tú, vida mía?
—le dije, mientras le pegaba media docena de patadas en el trasero.
—¡Porque cien pesetas nos hacen mucha falta!

—¡Pues quédate las, rastrero!
Y se las ha quedado.

Otra respuesta «estimulante» ha sido la de un político francés cuyo apellido termina en «ou» y que tiene tantas cejas como nariz. «¿Vacaciones en Francia? ¡Qué honor! Pero, por desgracia, no es el momento oportuno. El general Massu podría tener celos ante posibles competidores. Y yo no le hago esa jugada.»



Me ha enviado un lote completo de queso francés. Hasta quinientas variedades. Yo jamás he podido soportar el queso. Ni siquiera el alemán. He puesto a ese majadero en mi lista negra, y poco ha tenido que viajar, porque ya estaba en mi lista gris.

He reunido al servicio y les he dicho:

—¿Sabéis qué os digo? Que nos quedamos aquí. Poned dos o tres macetas de geranios y una nevera de Coca-coña de esa.

—No tenemos nevera de ésas.

—Pues pedidla a la casa concesionaria inglesa. No quiero líos con la de aquí.

Y la respuesta también mereció unas cuantas líneas: «¿Una nevera de Coca... para ése? Mi padre murió en el bombardeo de Dresde. Ni hablar». Tendrá narices el asunto. Va el tío a bombardear Dresde, lo pegamos un bombazo desde tierra y el hijo aún se queja. Ya era supe-

—No importa. Adelante. Por la gran patria germánica/aletean las aves negras del Reichstag/sobre la geografía parda de una Europa renacida,/y los ángeles blancos de la paz/orinan amargura sobre las cabezas./Los fillisteos piden perdón./Adiós, jefe. Alemania y el mundo... Agg.

Se murió sin acabar el poema. Me he quedado tristón. Era un buen chico. Le concedí la flor natural en los Juegos Poéticos de Nuremberg de 1935. Había escrito un poema dedicado a mi persona, del que aún recuerdo unas cuantas estrofas:

«Alemania es una alcachofa,/un viaje inacabable para los dedos/hasta llegar al cogollo delicioso,/y el cogollo delicioso es nuestro jefe».

Eva, cuando estaba de mala jeta, me lo recitaba con retintín, y yo reprimía mi cólera porque sabía que en el fondo el poema la impresionaba. Pero no he tenido tiempo ni de añorar al poeta ni de añorar a Eva. Mi hombre mensajero ha penetrado revoloteando en la habitación y se ha dado un trompazo contra la chimenea de hormigón.

—¡Un día te romperás la cabeza por no mirar por dónde vuelas!

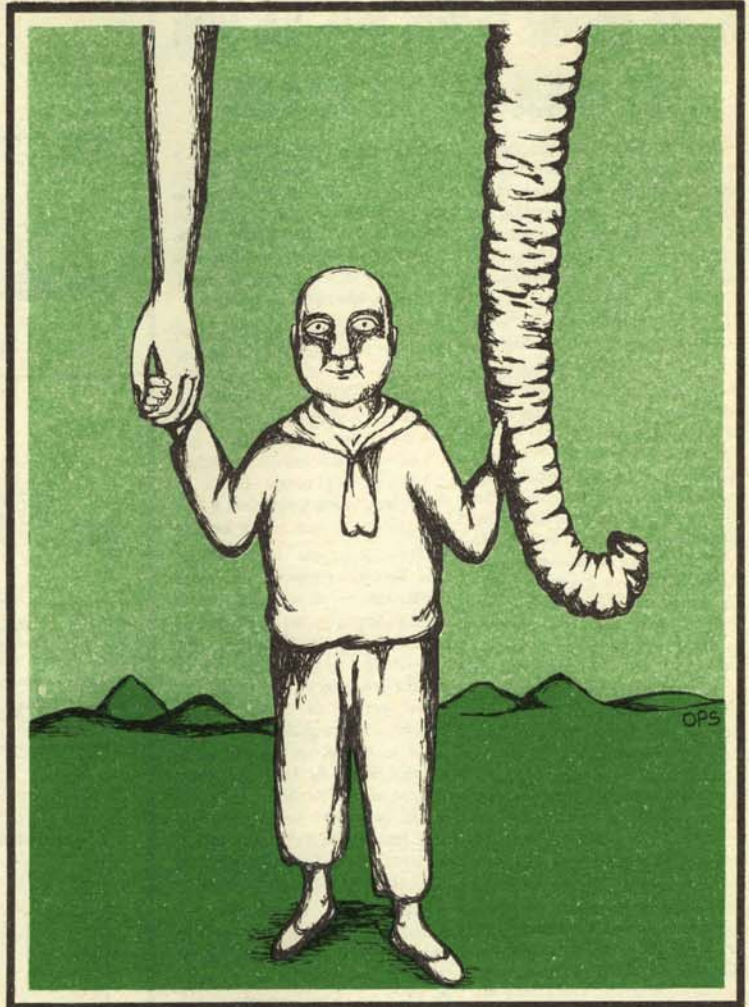
—Es que era muy urgente, jefe. Le traigo un recado de los coroneles griegos. Que aceptan sus propuestas. Le preparan un «bunker» en una isla del Egeo en cuanto William Rogers termine su visita oficial en Atenas.

—Lástima, porque me habría gustado saludarle.

—Y a él también. Estaba presente en la conversación. Me ha dicho: «Dile a tu jefe que algún día se le hará justicia.»

Si antes no les he dado yo su merecido a esa pandilla de desagradecidos.

Adolfo



ANTES

Y

DESPUES



de leer un editorial de «Diego Ramírez»

